



Esta reseña se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

This review is available in open access under the Creative Commons Attribution 4.0 International License.

Cet avis est disponible en libre accès sous licence Creative Commons Attribution 4.0 International License.

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma

Vol. 6, n.º 11, enero-junio, 2023, 361-366

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.59885/archivoVallejo.2023.v6n11.15

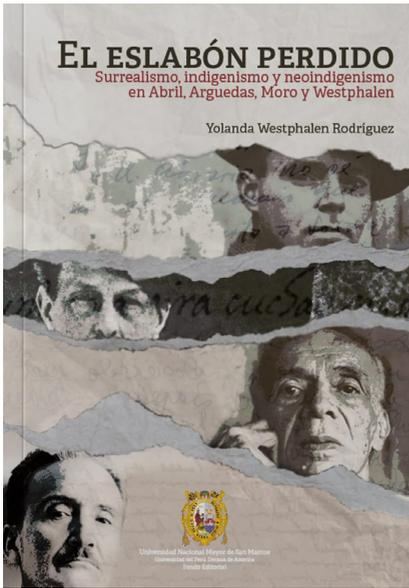
Westphalen Rodríguez, Y. *El eslabón perdido. Surrealismo, indigenismo y neoindigenismo en Abril, Arguedas, Moro y Westphalen.*

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial, 2022.



El género epistolar es estudiado generalmente en el ámbito histórico y biográfico. Es, sin lugar a duda, la fuente más confiable cuando se intenta trazar el recorrido de importantes personajes en una época determinada. Sin embargo, desde el punto de vista de los estudios literarios, solo hace unas décadas se presta atención a la carta como fuente de investigación. Esto posibilita complementar el análisis intertextual de un autor con su época y sus redes privadas, como precisamente señala Yolanda Westphalen en las palabras preliminares de su libro.

Los que conocemos las investigaciones de Yolanda Westphalen Rodríguez resaltamos su interés por temas y autores poco estudiados, tales como César Moro, escritor surrealista que investiga en más de un libro, o Yolanda Westphalen, madre de la investigadora e importante escritora de los años cincuenta, cuya obra completa editó en dos volúmenes en el 2018. *El eslabón perdido* no es la excepción, pues se dedica a investigar el campo literario peruano entre los años treinta y cincuenta a partir de las cartas que Xavier Abril (1905-1990), José María Arguedas (1911-1969) y César Moro (1903-1956) enviaron a Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001).



Dicha premisa es importante en varios niveles. En principio, permite reconocer la importancia y el potencial del género epistolar para los estudios literarios. Luego, facilita comprender el rol social de los escritores mediante su participación en el campo literario a través de exposiciones, revistas y grupos. Esto niega la equivocada preconcepción del escritor como artista ajeno a su realidad, debate que dio pie a la diferenciación entre poesía social y pura (o, en términos de Xavier Abril, de poesía épica y lírica).

Cabe resaltar también que en el estudio la autora analice dos décadas (1930-1950) marcadas por crisis políticas en el Perú y por guerras a nivel internacional. Por esa razón, el título del libro toma la expresión usada para referirse a los mamíferos transicionales cuya existencia era desconocida. Ese «eslabón perdido» es descubierto por Yolanda Westphalen mediante el análisis epistolar e intertextual de las obras de los autores mencionados. Los temas de las cartas son variados y van desde artes poéticas, comentarios políticos y literarios, planificación de proyectos hasta intercambio de contactos.

Con respecto al contenido, el primer capítulo del libro se titula «Vanguardia y nuevo paradigma» y se enfoca en reconocer la importancia de las vanguardias peruanas como factores fundamentales en la formación del campo literario en nuestro país a inicios del siglo XX. A esto debemos añadir el justiciero énfasis que la autora coloca sobre las revistas, las más representativas son *Amauta* y el *Boletín Titikaka*, por fungir como redes de conexión a nivel nacional e internacional, y colocar en el estrado el debate entre indigenismo y vanguardia. Asimismo, la crítica reconoce que existieron dos autores que pueden

entenderse como engranajes entre los años veinte y las décadas posteriores: Magda Portal y Martín Adán.

La siguiente sección, titulada «Nacimiento del campo literario en el Perú», inicia conceptualizando las características y el funcionamiento del campo literario desde los aportes de Bourdieu, Casanova, Moretti y Cornejo Polar. La autora concluye que un requisito para la consolidación del campo es la creación de un capital simbólico propio, es decir, una tradición propia. Esto motiva a reconocer en el siglo XIX dos intentos fallidos de crearlo: 1) el de Ricardo Palma con el Ateneo; y 2) el de Manuel González Prada con el Círculo Literario. Ambos grupos reunían importantes figuras del ámbito intelectual y cultural de la época, pero, además de centralistas (en ambos el eje era Lima), no lograron autonomizarse completamente de la literatura española y europea.

El tercer capítulo se titula «Consolidación del campo literario: los polémicos años treinta y el frente antioligárquico». El título motiva a la investigadora a reconocer el papel de la crítica para la formación del campo literario, pues son agentes capaces de redireccionar los debates y, mediante estos, motivar cambios. Así, José Carlos Mariátegui fue el principal exponente que durante los años veinte predispuso la consolidación del campo a través de su obra ensayística y la red internacional que significó *Amauta*.

Lo anterior resulta en que la autora inicie el análisis del intercambio epistolar entre Xavier Abril y Emilio Adolfo Westphalen (1930-1934), ya que ambos colaboraron con la revista de Mariátegui. Los diálogos que plantean son cruciales para entender los perfiles de dos intelectuales diferentes. Por un lado, Xavier Abril se encuentra en España y su proceso creativo está en transición, pues las obras que publica en los treinta «son un producto de una poética con la que no se identifica, la de la reivindicación surrealista del sueño y la vigilia» (p. 83). Por el otro, Emilio Adolfo Westphalen es un escritor en formación que recibe el apoyo y la recomendación de un autor internacional. Además, ambos poetas disertan sobre política y el papel del intelectual en esta.

Este capítulo también engloba la comunicación entre Moro y Westphalen a través de las cartas del primero. La amistad de estos se forja desde su encuentro en 1934 y es, claramente, el vínculo que más profundamente estudia el libro. Se comprende que ambos autores son importantes para estas décadas porque constituyen entre ellos un núcleo surrealista dentro del campo literario peruano. A través de sus proyectos, como la exposición surrealista de 1935, considerada la primera del movimiento en Latinoamérica, Moro y Westphalen cuestionan abiertamente el *statu quo* que la élite cultural propone. Ese carácter político de ambos escritores es resaltado por la autora en este y el siguiente apartado.

El cuarto capítulo lleva como título «Un lustro de lucha cultural» y los primeros apartados son ilustrativos de la postura contestataria que Moro y Westphalen adoptan durante los años treinta y cuarenta. La polémica entre César Moro y Vicente Huidobro demuestra eso, pues se emparenta con la tradición de la ruptura que usaron los vanguardistas: mientras se acusa al poeta chileno de «arribista, fanteche literario y plagiarlo» (p. 115), Moro y el núcleo surrealista se reconocen en la posición antónima, lo que producirá un debate con respuestas de ambas partes. Además de este hito, la investigadora resalta el apoyo de ambos autores a favor la república cuando estalla la guerra civil española (1936-1939) y destaca el proceso editorial de la revista *El Uso de la Palabra*, plataforma que codirigen con el fundamental objetivo de la circulación del surrealismo en nuestro país.

Continuando lo anterior, el capítulo incluye breves apartados sobre la relación entre Arguedas y Westphalen, autores contemporáneos con contextos muy disímiles que iniciaron su correspondencia en 1939. La investigadora denota el trabajo de ambos autores como promotores culturales. Las labores de Westphalen durante la época estaban enmarcadas en sus proyectos con Moro, pero el caso de Arguedas es crucial porque inicialmente se enfoca en su labor docente en Cuzco, donde comparte textos poéticos de Westphalen, Eguren, entre otros. El producto de sus clases se puede ver en *Pumacacahua* (1940), folleto que reúne los trabajos de sus alumnos y cuya idea inicial aparece trazada en las cartas que dirige a su amigo.

La investigación de Yolanda Westphalen hace hincapié en los espacios que cada intelectual crea a fin participar en el campo literario. La correspondencia con Abril lo hace desde sus búsquedas literarias y participaciones en publicaciones extranjeras. Luego, Moro y Westphalen gestan su propio grupo vanguardista, cuyos proyectos resuenan a nivel nacional e internacional. La correspondencia entre este último y Arguedas es vital para emparentar a dos intelectuales de gran importancia que autogestionaron sus publicaciones y espacios de validación.

Por lo mencionado anteriormente, cobra sentido que el quinto capítulo se titule «El giro etnográfico de los años cuarenta. Surrealismo y disidencias internacionales». La autora retoma la correspondencia de Moro y Westphalen para contextualizar sus proyectos culturales durante los años cuarenta. Moro, por ejemplo, radica en México y participa activamente con el grupo vanguardista del país, como sucede con la exposición surrealista que coorganiza con Wolfgang Paalen. Asimismo, el autor está pendiente de las publicaciones y las alianzas del grupo surrealista francés, del cual se alejó por motivos personales como señala en sus misivas.

Las revistas siguen siendo durante esta década una plataforma de gran interés para los intelectuales, razón por la cual Moro participa en *DYN* y *El Hijo Pródigo*, ambas mexicanas con colaboradores internacionales. Westphalen también colabora en la segunda revista, pero hacia el final de la década sus esfuerzos se concentran en un nuevo proyecto editorial: la revista *Las Moradas* (1947-1949). El nombre presenta ese interés por crear «lugares de refugio donde las distintas propuestas estéticas y culturales del campo intelectual de la época pueden sentirse amparadas» (p. 232).

Durante cada capítulo de *El eslabón perdido*, Yolanda Westphalen ha propuesto interrogantes y explicado la producción tanto artística como literaria de los años treinta y cuarenta. Los cuatro autores en los que se centra la investigación fungen como ejes en sí mismos: cada uno produce, fomenta y divulga su participación en el campo literario. Todos ellos sostienen en sus intercambios motivos estéticos, posiciones políticas y comentarios sobre el papel del intelectual. Lo importante

que el análisis epistolar permite es matizar los tiempos y los debates, pues los mismos autores reconsideran y aprenden de sus compañeros de ruta. En tal sentido, el libro de Yolanda Westphalen se convierte en lectura obligatoria porque completa un vacío en los estudios literarios y promueve una metodología cautivadora para entender el campo literario de la primera mitad del siglo XX.

CHRISTIAN CACHAY LUNA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
(Lima, Perú)
christian.cachay@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0001-8781-4389>